

COLON IMPERFECTO*

"Aquel cuyo sentido depende de otro miembro del periodo".

Real Academia de la lengua

HAY CIERTOS MOMENTOS íntimos en la historia temprana de América que pertenecen más a la historia de la literatura que a la historia. Ocurren precisamente donde comienza la historia del Nuevo Mundo al encontrarse con los hombres que van a hacer de la naturaleza historia. Una canción moderna lo expresa mejor al describir qué ocurre cuando un inmóvil objeto tal cual se encuentra con una fuerza irresistible así.

Después de desembarcar en Cuba por una aldea india llamada Gibara (donde, por cierto, nació), un centinela perdido llamado Rodrigo de Jerez regresó de una exploración con buenas noticias para el Almirante: "una visión preciosa y rara, señor", juró Jerez. "Hemos visto a hombres humanos que fuman cual chimeneas. Por favor, señor, venga y vea".

Colón, todavía mareado por el viaje, accedió, y fue a encontrar a un cacique fumando sentado bajo una simabura. (La historia, ciencia incierta, no dice a ciencia cierta dónde se sentaba el cacique y el árbol de la simabura es una indecencia poética: lo nombro porque ¡tiene tan buen nombre!) El jefe indio fumaba un *ur* cigarro (todavía no había marcas registradas) que era sin embargo genuino. De Jerez, un jerezano, estaba encantado. También lo estaba su colega Luis de Torres, que vino a América porque hablaba arameo. Al contratarlo Colón pensó que un viajero no sabe nunca cuándo un hombre que habla arameo puede ser útil. Era, además, la lengua de Nuestro Señor. De Torres era, como Colón, un converso que podía conversar en seis idiomas. De Jerez, que escribía su nombre con una X, sólo hablaba español pero oloroso.

Colón vino, vio y se dejó conquistar por su obsesión. De Sopotón, otro intérprete, le preguntó al cacique por entre el demasiado humo y el polvo del camino: "¿Sabe usted por casualidad dónde queda la tierra en que el oro crece?" El jefe indio, después de muchas señas y algo de arameo, pareció entender: "Ah sí, claro", dijo. "El señor quiere decir Cubanacán". Todos sabemos (o debiéramos saber) que Cubanacán quiere decir en taíno el centro de Cuba, pero Colón oyó lo que quiso

oír: "¡Ah, Cuba na Khan!", exclamó. "¡El reino del Gran Kan!" dijo y casi dijo King Khan.

Está también la vida y muerte de un hombre obsesionado no con el oro sino con la juventud eterna. Como toda gente preocupada con la juventud, ya no era joven. Igual a un conquistador, la juventud lo conquista todo. Excepto por supuesto el tiempo. Ponce de León quería, como Dorian Gray, ser joven eternamente. Al no tener su retrato pintado por Wilde, Ponce y otros once creían que la Fuente de la Juventud estaba escondida en un recóndito lugar de América. Prematura versión de Fausto, Mefistófeles le susurró a Ponce en su vieja oreja: "Viaja, viejo León, al oeste" y le reveló que la fuente quedaba enfrente, en lo que hoy es el escenario de *Miami Vice*. Al oeste y más allá de la corriente del Golfo fue Ponce a descubrir unos cuantos pantanos llenos de saurios y serpientes (y mosquitos) que él llamó Florida.

El ilustre Ponce, en retribución, fue herido por la flecha de un indio que tiraba al azar y su sueño se transformó en esa vulgar pesadilla que es el delirio antes de la muerte. La flecha errática resultó certera.

La última frase de Ponce es válida todavía. Dijo: "Quiero ver La Habana antes de morir". Hoy sólo habría que alterar el énfasis y un adverbio: "Quiero ver La Habana después de morir". (*Sale Ponce por el foro perseguido por su león.*)

Lo que Florida fue para Ponce de León fue el Mississippi para Hernando de Soto. Como su tocayo Hernán Cortés, había salido de Cuba para conquistar el continente —y fue conquistado por el contenido: indios que tiraban a dar. Primero fue a Cuzco como subalterno de Pizarro, el hombre que jodió al Perú primero.

Después de ayudar a Pizarro en su empresa, De Soto regresó a La Habana, donde lo premiaron como gobernador de Cuba y adelantado de La Florida. Salió de nuevo al continente, navegando con rumbo norte noroeste, que hace de la brújula una aguja de marear cabezas. Dejó detrás a su esposa Isabel de Bobadilla, lista para convertirse en la primera viuda profesional de América que hizo público su dolor.

De Soto descubrió el Mississippi, resultó muerto por otro francotirador indio y fue enterrado en las oscuras aguas tarde en la noche, de manera que los indios creyeran que estaba vivo todavía. Esta es una vieja treta española. La usaron con el Cid la primera vez. La última vez que la emplearon fue con Franco, que murió mil veces antes de enterrarlo. Aún hay algunos que creen que fue enterrado vivo. En el siglo veinte la le-

Leído en inglés en el castillo de Leeds en el simposio "Latin America: Its Artistic Expression".

yenda que fue De Soto se convirtió en un automóvil de ocho cilindros. Raymond Chandler invoca su nombre a menudo, como en la frase de Marlowe, "Me seguía de cerca un De Soto". *Sic transit*.

En el Perú y para aliviar el ocio del indio cautivo, De Soto enseñó a Atahualpa a jugar ajedrez, después de convencer al prisionero de que los reyes y las reinas del juego eran más reales que la realeza. No se sabe bien cómo pero Atahualpa llegó a creer que si les ganaba a los monarcas, reina y rey, de la oposición, quedaría libre. Está claro que si Atahualpa creía eso, creería cualquier cosa. Pero se hizo tan buen jugador de ajedrez que le ganó todos los juegos al gran maestro De Soto, incluyendo la última partida. Llevaba razón el Inca. Inmediatamente después del juego Atahualpa quedó libre. Pizarro lo liberó con extremo prejuicio y estrangujó a Atahualpa en jaque mate. Nunca supo el indio que la frase jaque mate viene del persa y quiere decir muerte al rey. Es que el ajedrez siempre ha sido un juego peligroso.

Así era y así es la vida americana. Desde el principio nuestro pan cotidiano ha sido miedo y miseria en todas partes y no se salva del rey abajo ninguno. Pan y terror al desayuno, terror y pan al almuerzo. La comida se come siempre bajo toque de queda y hasta las almohadas tienen orejas y a veces boca. A cualquiera lo levantan pasada la medianoche, arrestado y considerado culpable aun después de muerto. La vida se vive de allí a la obscenidad. La obscenidad prevalece porque sobrevive al hombre y a veces a la mujer. En la Española, isla amada por Colón, la obscenidad ha sido pan diario, una suerte de mandioca ponzoñosa para el alma que no se puede llamar alimento de dioses sino el mendrugo que queda después del banquete, maná mañoso.

En Cuba, a la que Colón llamó la tierra más hermosa que ojos humanos vieron, la obscenidad sigue en pie. O en bota. La obscenidad anda suelta por el mundo, especialmente en el nuevo mundo. No hay más que mirar a Panamá con los ojos de un noticiero cualquiera. ¿Es este el Panamá al que cantó Lope de Vega en el siglo diecisiete?

Me voy a Panamá

dijo Lope como en una canción de cuna. Panamá existía entonces sólo como un nombre exótico. Pero ¿qué ocurre en el presente? ¿Querría Lope ahora irse a Panamá como decía?

Lorca, tres siglos más tarde, proclamaría:

Iré a Santiago de Cuba.
Iré a Santiago
con la rubia cabeza de Fonseca

¿Tengo que decirles que Fonseca ya no vive allí?

Pero de esa simiente (aun si miento) viene nuestra gente. Vienen del mismo inicio, aun antes del inicio. *Ab ovo* en una frase cara a Colón, que una vez demostró que estaba en lo cierto al poner un huevo en pie.

El huevo es aquí el Nuevo Mundo. Colón escribió su diario (en realidad un cuaderno de bitácora) en un español contaminado de portugués. Las dos lenguas literarias de Sud América estaban ya presentes en su prosa y mostró en su diario que es nuestro contemporáneo. Pero el diario se perdió y lo que tenemos ahora es un facsímil hecho por el Padre Bartolomé de las Casas, el cura que, de acuerdo con Borges, "tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas". Las Casas, al que el Argentino llama "curiosa variación del filántropo", fue la primera máquina de fax que operó en América. Lo que copió Las Casas es un documento invaluable que es también una obra maestra de la literatura. En el diario Colón está descrito en la tercera persona del singular para convertirse en un personaje de su propia narración, igual que, por ejemplo, Marcel Proust o Ellery Queen. Hablen, entonces, de antecedentes.

Pero el primer verso verdaderamente americano fue una anotación hecha el 9 de octubre de 1492 (anoten), exactamente tres días antes del Descubrimiento. La anotación final en la vulnerable bitácora antes del Descubrimiento es una de las más misteriosas, gloriosas y bellas frases en la historia de la literatura americana:

Toda la noche oyeron pasar pájaros

Pasar pájaros es para dar la bienvenida al Nuevo Mundo con una alteración que es una alteración: los pájaros bien pudieron ser aves nocturnas o aves tardías, avutardas o autillos en la noche. Muchos siglos más tarde, otro escritor judío, Cristóbal Colón de la prosa del siglo, Gertrude Stein, esa Gertrudis de piedra, escribió:

Pigeons in the grass alas

En que *alas*, ay, debe leerse alas. Alas y palomas vuelan ahora sobre Colón, el hombre con nombre de paloma. Una paloma solitaria regresó a la mano de Noé en el arca con una hoja de olivo en el pico para anunciar que el diluvio, es decir la mar océano, había terminado. "¡Tierra!" gritó desde la cofa Rodrigo de Triana. "¡Por Cristo!", exclamó Colón, el hombre que llevaba en su nombre el nombre de Cristo. Con Colón Cristo vino a América ya en el primer viaje.

Pero, *alas*, Colón era un hombre codicioso, un heraldo de Cristo que podía moverse ágil entre los mercados fuera del templo.

Colón creía que el oro era algo más que un palíndromo: era un dios, casi Dios. "El dinero hace al mundo girar", dice la canción, pero también te puede hacer dar la vuelta al mundo. (*Sale Colón por el foro perseguido por el oro.*)

La tímida poeta (para ella una poetisa era un papagayo, un ave que repite lo dicho con plumas de colores) Louise Bogan escribió sobre las "estructuras ornamentales, continentes aparte, separados por el mar", en un

poema llamado justamente "Comentario barroco". La literatura de mi América, aun la del Brasil, hasta los sonidos del tambor en Haití, habla no sólo un lenguaje simple, singular, sino que los signos de nuestros dialectos forman un comentario barroco, como el hecho en esa canción carioca, "Estoy loco por ti, América". Todo comenzó con Colón pero también con Cortés.

Hernán Cortés, que era alto, bien formado y con barba roja, pudo seducir a una princesa mexicana de Tabasco llamada Malintzin. Los españoles la llamaron Doña Marina pero luego fue la Malinche. Cortés la llamaba "mi lengua", queriendo decir mi intérprete. Ella fue la llave del reino azteca y todavía los mexicanos odian a esta india llamada mucho Malinche. Cortés tuvo un hijo con ella y este mestizo fue de hecho la lengua española de América, mitad castellano y mitad idioma nativo. Pero lo Cortés no quita lo Pizarro y el juego de lenguas no abolirá jamás la crueldad, la avaricia y la malicia: trío terrible.

Aunque bien escrito en inglés pero peor leído, este discurso mío no habría tenido nunca lugar sin Colón o Cortés. La Malinche (oigan el mal en su nombre) ha sido descrita, sobre todo en México, como una mezcla de la Encantadora y la que hablaba, como la serpiente, con lengua torcida. Si es verdad, entonces Cortés, entre todos los padres, es nuestro Adán. Colón con Cristo tiene que ser nuestro Dios: aquel que creó un mundo al descubrirlo. No nos lo dio todo, no. ¿Pero quién puede contar los dones divinos?

Todos estos soldados, aventureros y hombres de acción eran también escritores extraordinarios. Hubo sacos y venganzas pero también hubo el relato de la maravilla vista a través del espejo español.

Ni Hernando de Soto ni Pizarro, mucho menos Aguirre, que vivieron días y noches de ira, sabían escribir (me pregunto si sabían leer): murieron antes de que pudieran aprender. Pero otros conquistadores, como Bernal Díaz del Castillo, que escribió sus memorias cuando todo lo que quedaba era memoria, o Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, que escribía como un ángel caído (de hecho era un escritor natural para el cine) acerca de sus naufragios y su cautiverio entre los indios hostiles del Golfo. Esas crónicas hacen creer que estos hombres no eran nada ordinarios: eran extraordinarios. Hasta que el lector recuerda que estos españoles de tres mundos estaban emparentados con aquellos escritores españoles que inventaron la novela picaresca, ese gran avatar de la novela que no ocurría desde Petronio, que escribió de pícaros y pederastas en la Roma de Nerón. Al final de la era española, que coincide más o menos con el final del siglo dieciséis, vino venciendo esa enorme novela

picaresca que creó, al pasar, la novela moderna. Hablo, claro, de *Don Quijote*, un libro que, si tan sólo los reaccionarios que ocuparon el lugar de los adelantados hubieran dado permiso para emigrar a un tal Miguel de Cervantes Saavedra, hubiera sido escrito en América. ¿Qué les parece *Don Quijote de las Indias*? ¿Qué tal tal Sancho Pampa? ¿Fantasía americana? Cervantes en la segunda parte del *Quijote* hace elogio y alabanza de Cortés y lo muestra como caballero ejemplar. Ni más ni menos su par.

Todos estos hombres, comenzando por Colón, se hicieron escritores en América, donde el idioma español se encontró con vidas más grandes que la vida, con paisajes nuevos y desconocidos, con mitos que duran todavía. El choque del idioma con el relato de aventuras y peligros imposibles de imaginar en España, convirtió a estos escritores en autores de novelas de caballería hechas realidad. Estos hombres (Cortés, Cabeza de Vaca, Bernal, *et al.*) se hicieron escritores porque enfrentaron de sopetón un mundo tan nuevo que era desmesurado al hombre, excepto al relatarlo, al escribirlo. Todo empezó con Colón y no acaba todavía. La medida, al parecer, nunca será completa. Pero hay que tratar.

Volver a Colón entonces. El principio siempre contiene su fin. Colón se encontró con el jefe indio de la simabura. Como regalo de recibimiento el cacique le dio a Colón un habano. Todavía no se llamaba habano pero era un puro encendido, no un cabo de tabaco: el cacique no era un griego que trae regalos. Colón tomó el cigarro para mirarlo, pero lo cogió por mala parte. Husmeó el humo y rechazó aquella tea atea. Colón hizo una venia y suplicó, su gesta hecha gesto, lo que ahora es una moda, y dijo:

¿Le importaría mucho si no fumo?



Ex libris de Guillermo II